



LA POLITICA DE JESUS – PACIFICADOR POR EXCELENCIA (Hacia una Teología Bíblica de la Paz – II)

Introducción:

“Bienaventurados los pacificadores porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt. 5:9). Jesús el pacificador por excelencia llama a sus seguidores pacificadores precisamente porque en esto se asemejan a Dios. En el mundo de los primeros siglos hubo otro que se hacía llamar “pacificador”. Era el emperador romano. Esto nos ayuda a comprender por qué es apropiado que empleemos el término “política” para referirnos a la visión y la práctica mesiánicas de Jesús.

Usamos el término en su sentido clásico que tiene que ver con la vida común en el *polis* – en la ciudad humana. Tiene que ver con la vida ordenada de relaciones sociales entre los seres humanos. Tiene que ver con cuestiones de poder y autoridad, orden y estructuras sociales, de justicia y paz. Como hemos notado ya, shalom tiene que ver con justicia y bienestar social al igual que las virtudes interiores de armonía y tranquilidad. La diferencia entre el pacificador por excelencia, Jesús, y el emperador romano no es que la paz que Jesús traía era puramente espiritual e interior y la paz que el emperador ofrecía requería estructuras sociales para experimentarse. Jesús discernió en la visión profética su propia comprensión de paz y justicia, vividas en el contexto de relaciones salvadas bajo el reinado misericordioso de Dios. Constantino y sus sucesores tomaron su modelo de los monarcas del mundo antiguo, al estilo de David y Salomón. Recordamos que Israel también había pedido un rey “como las naciones”.

Nuestros acercamientos “religiosos” a la vida cristiana han servido para oscurecer el hecho de que “Cristo” es realmente un título político. Es la forma griega de Mesías – el Ungido o el Regente. Con razón Herodes se asustó cuando los magos del oriente vinieron preguntando, “¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?” (Mt. 2:2). La juxtaposición de los reyes en Mateo 2 pone el escenario para el conflicto entre dos reinos que se describe a continuación en su evangelio.

A) Opciones Políticas en Palestina del Siglo I

Fueron fundamentalmente cuatro: 1) La del poder establecido. Estos eran los Saduceos y los Herodianos que gozaban del poder. 2) La de los religiosos ortodoxos. Estos eran los Fariseos que cifraban sus esperanzas en un retorno a la observancia concienzuda de la ley. 3) La de los abstencionistas. Estos eran los Esenios que en su desacuerdo con el régimen habían optado por un retiro al desierto, donde se organizaron en comunidades. 4) La de los revolucionarios violentos. Estos eran los Zelotes que buscaban echar a los extranjeros opresores de su tierra por la fuerza.

Primero, la política de los herodianos y los saduceos consistía en colaborar responsable y pragmáticamente con las autoridades imperiales romanas con el fin de lograr el mayor beneficio posible para el pueblo judío. Ellos formaban parte de un élite aristocrático y, aunque pocos en número, ejercían un poder e influencia considerables. En contraste con los fariseos conservadores solían ser liberales en su interpretación de la Torah. La estrategia de ellos se basaba en confraternizar con los romanos para obtener el mayor beneficio dentro de una situación intrínsecamente mala. Con esta estrategia pudieron salvar mucho. Salvaron el templo, el privilegio de determinar su propia vida y prácticas religiosas (cosa que pocos pueblos en el Imperio Romano pudieron lograr) y obtuvieron derechos para los judíos esparcidos en la diáspora por todo el imperio. Estos aceptaron la situación e hicieron lo mejor posible dentro de las circunstancias. Esta fue la política que llevó a Caifás a decir que “nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca” (Jn. 11:49-50). Esto lo dijo sin tener en cuenta si Jesús era culpable o inocente pues a él no le interesaba tanto hacer justicia en casos individuales. Lo que deseaba Caifás era lograr el mayor bien para la nación, según él lo entendía. Si había que sacrificar algunas vidas por el camino para lograr el bien común, ¿qué se iba a hacer? Está demás decir que Jesús no tenía ningún interés en esta alternativa como plan de acción para el cumplimiento de su propósito.

Segundo, los fariseos, cuyo nombre significa “los separatistas,” se dedicaban a una observancia concienzuda de la ley. Fueron los principales responsables para el desarrollo de una compleja tradición oral basada en las Escrituras. Y buscaban aplicarla a todo el pueblo, no sólo a la casta sacerdotal. Aunque apoyaban la tradición nacionalista su preocupación rigurosa por la pureza moral basada en su estilo de vida segregada, en la práctica, sencillamente asentían al sistema imperante. Mientras les era posible conservar sus tradiciones religiosas no se declaraban ni a favor ni en contra del régimen.

Pero su separación resultaba ser más simbólica que real. Participaban en ciertos aspectos de la sociedad. Pero en otros casos se mantenían apartados de ella. Fijaban reglas de conducta mediante las cuales podían vivir en su “pureza” en medio de una situación caracterizada por la injusticia. Ellos odiaban la presencia militar romana que profanaba los lugares santos y restringía su libertad y no tocaban monedas que tuviesen la imagen del César, pero no por eso dejaban de beneficiarse todo lo posible con lo que con ese dinero se podía comprar, o lo que con ese poderío se podía lograr. Jesús compartía algo de su orientación teológica. Pero condenaba su forma de eludir las responsabilidades y los problemas que surgen cuando uno trata de vivir para otros como auténtico pacificador. Jesús, con su forma de pensar y actuar, representaba una amenaza a la

precaria neutralidad de los fariseos y ponía de manifiesto la distancia hipócrita que a veces separaba su hacer de su decir.

Tercero, la estrategia de los Esenios era la del retiro social en el primer siglo. Estos se retiraron al desierto para escaparse del orden establecido. Allí formaron comunidades altamente disciplinadas de oración y trabajo. Allí pudieron guardar los mandamientos de Dios en su pureza y sin conflictos. Y en su aislamiento no dejaron de hacer algunos aportes positivos a la sociedad mediante sus estudios e investigaciones. Los rollos que ellos copiaron (los rollos del Mar Muerto) se cuentan entre los mejores manuscritos y comentarios del Antiguo Testamento. En su retiro eran “pacifistas”. Pero aparentemente esperaban el comienzo de una guerra mesiánica con que el reino de Dios sería instaurado de nuevo. En ese conflicto apocalíptico ellos (“los hijos de luz”) habrían de destruir a los “hijos de tinieblas”. Si Jesús hubiera tomado esta alternativa con toda seguridad hubiera podido evitar la cruz. El camino de los Esenios no era compatible con el espíritu de Jesús.

Cuarto, los Zelotes empleaban una estrategia de violencia revolucionaria. Era un movimiento de liberación nacional que intentaba resistir la agresión extranjera por la fuerza de las armas por razones que ellos consideraban justificadas. Muchos judíos de la época simpatizaban con su causa. De hecho, entre el año 50 a.d.C. y el 125 d.d.C. hubo un levantamiento armado aproximadamente cada veinte años. Pero además de confiar en la fuerza de sus propias armas, ellos también esperaban una intervención milagrosa de Dios a favor de su pueblo en el momento oportuno.

Hubo una serie de semejanzas entre el movimiento zelote y el de Jesús. Jesús también anhelaba cambios, y cambios radicales. Se nota cierta semejanza en el lenguaje empleado en ambos movimientos: “Mesías”, “reino de Dios”, etc. El cántico de María, el Magnificat, contiene conceptos aparentemente afines a las aspiraciones de los Zelotes (Lc. 1:51-54). Por lo menos uno de los doce, Simón, procedía del movimiento. Y es muy posible que varios más de los discípulos de Jesús simpatizaran con el movimiento. Se sugiere que probablemente el gobierno romano haya considerado a Jesús como Zelote y que, por eso, lo mandó crucificar. Sea como fuera, de las varias opciones presentes en Palestina del siglo I, la alternativa zelote probablemente fue la que más le tentó a Jesús. Por lo menos esto se deduce de los relatos de las tentaciones en los Evangelios.

En resumen, estas cuatro alternativas todas tienen sus equivalentes modernas. La alternativa conservadora de colaborar con el sistema imperante es una realidad siempre. Y generalmente no faltan autoridades religiosas dispuestas a apoyarla, sin importar mucho lo justo o lo injusto del régimen. Los que abogan por una clara separación entre las esferas religiosas y las sociales también están entre nosotros. La iglesia se preocupa por la moralidad privada, sin embargo poco tiene que decir en cuanto a la inmoralidad pública. El retiro social ha sido también una alternativa atractiva, desde los Amish de la familia anabautista, hasta las comunas de los “hippies” de origen reciente. Y hemos sido testigos en estas tierras de modernas expresiones revolucionarias en las últimas décadas con las mismas justificaciones - nuestra causa es justa y “ellos” sólo entienden la fuerza.

Por su parte, Jesús rechazó todas estas alternativas. Colaboración con el sistema jamás le tentó. Incluso, sus exponentes fueron los que gestionaron su crucifixión. Aunque Jesús compartía la seriedad con que los fariseos tomaban su fe, sus pequeñeces legalistas e hipócritas y su espiritualidad limitada a lo personal le repelaban. Y a Jesús no le llamaba la atención la opción del retiro social. Al contrario, se sentía llamado a ir en su misión a Jerusalén, ciudad que “mata a los profetas”. La alternativa zelote fue la que más le atrajo, pero aún así, resistió toda tentación a participar en la violencia que hubiera implicado.

B) El Mesías Ha Llegado

Los Evangelios son muy claros. Jesús es el Mesías, el Ungido Rey esperado. En su genealogía, Mateo señala para sus lectores que Jesús es el largamente esperado “hijo de David”, el Cristo (Mesías) que la llegado. En la voz del cielo que Jesús oyó en su bautismo recibió confirmación de su comisión mesiánica. “Tu eres mi hijo amado; en ti tengo complacencia” (Lc. 3:22). En lugar de ser una descripción metafísica de la relación de Jesús con el Padre, las dos frases de esta comisión destacan dos diferentes visiones veterotestamentarias del papel del Mesías. En el Salmo 2: 7-9 se vislumbra un Rey que regirá “con vara de hierro” en los intereses del reinado de Dios. En la visión profética se anticipa la venida del Siervo Sufriente de Yahveh que “traerá la justicia a las naciones” mediante su testimonio no violento (Is. 42:1-4). Surge naturalmente la pregunta, ¿Qué clase de Mesías será Jesús? En efecto, los relatos de las tentaciones en Mateo y Lucas en toda probabilidad describen la lucha de Jesús para determinar la voluntad de Dios para su Mesías en el mundo.

Tras un ayuno de cuarenta días, la primera de las tentaciones es una invitación a convertir en panes las piedras del desierto. Un desierto lleno de panes probablemente no sería la forma más adecuada para desayunarse. Más que una mera tentación a satisfacer su propia hambre, podría ser una tentación a proveer alimentos para sus seguidores. Sugiere el uso de recursos económicos para lograr el poder. Pero sencillamente dar de comer a las masas difícilmente le haría de Jesús la clase de rey que respondería a las necesidades más esenciales de su pueblo. Jesús la rechazó porque veía que las necesidades humanas son más profundas. La vida concreta y global del ser humano no puede ser satisfecha sólo con el pan. En el Evangelio de Lucas se nos dice que el tentador le dejó “por un tiempo” (4:13). Los relatos de las tentaciones en los Evangelios son, sin duda, descripciones metafóricas de una lucha mucho más extensa, tanto en términos de tiempo como de forma. Efectivamente, más tarde en el desierto dio de comer a los cinco mil, y la multitud quiso proclamarle rey. Y tan solo escapándose al monte aparte, pudo evitarlo.

En la segunda tentación (la tercera en el Evangelio de Lucas) Jesús es invitado a saltar desde el pináculo del templo. Una visión profética contemplaba la venida súbita del Señor a su templo para la purificación de su pueblo (Mal. 3:1-4). Y una aparición repentina en el centro mismo de la vida y poder político-religiosos de los judíos podría ser señal segura de que había llegado el Mesías prometido. Una hazaña milagrosa de este tipo seguramente hubiera hecho una impresión sobre la casta sacerdotal y los escribas. Pero Jesús la rechazó por no estar en armonía con la naturaleza de Dios. En cambio, Jesús optó por servir entre los pobres campesinos de Galilea y los marginados de Judea y

Samaria sencillamente enseñando y sirviendo de una manera que hacía el reinado de Dios presente en su medio. De esta manera les dejaba libres para responder al amor de Dios, más bien que por las presiones de lo espectacular.

Posteriormente esta tentación también volvió a presentarse en la vida de Jesús. La procesión triunfal en que Jesús fue aclamado como Libertador mesiánico culminó en el patio del templo. Las autoridades nada pudieron hacer para evitar que él, con una autoridad moral asombrosa, expulsara del predio santo a “los que vendían y compraban” allí. Ahora habría llegado un momento como el que el tentador había sugerido. Pero Jesús sabía que no respondía al camino mesiánico que el Padre había puesto delante de él. De modo que Jesús abandonó el templo y, dejando atrás las multitudes que le aclamaban, se retiró a Betania. Aún en la cruz esta tentación volvió a presentarse cuando el pueblo le pidió, “si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz ... y creeremos”(Mt. 27:40-42).

La tercera tentación es la más obviamente política. El tentador le asegura a Jesús que “los reinos de este mundo y la gloria de ellos” serían suyos si tan solamente se doblara de rodillas ante el tentador. En lugar de imaginar alguna clase de culto satánico, estaría más de acuerdo con el contexto del pasaje observar que aquí Jesús reconoce en la tentación el carácter esencialmente idólatra del deseo de ejercer el poder económico, militar y político. Jesús la rechazó porque el ejercicio del poder secular que depende de la riqueza y la fuerza política y militar contradice totalmente la naturaleza del reinado de Dios y, por eso, también de la misión mesiánica de Jesús en el mundo.

Posteriormente esta misma tentación, la de establecer el reinado de Dios por medio del poder coercitivo, volvió a presentarse a Jesús. Cuando Pedro intentó persuadirle a abandonar el camino del Siervo Sufriente que él había escogido, Jesús reconoció en ello la vieja tentación satánica. Y Jesús la volvió a rechazar, incluso con la misma exclamación que había empleado en el desierto, “quítate, Satanás” (Mt. 16:21-23).

C) La Alternativa que tomó Jesús

Luego del encuentro en el desierto en que Jesús rechazó las alternativas propuestas por el tentador, Mateo nos informa que Jesús se dedicó a tres actividades alternativas:

1) Se proclama un reino cuyos valores son diferentes.

“Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mt. 4:17). Este anuncio de la llegada del reino era una noticia que interesaba intensamente en el judaísmo del primer siglo. Se vivía en medio de grandes expectativas mesiánicas. Se esperaba que Dios interviniera para llevar a su cumplimiento las promesas hechas al pueblo en la antigüedad. Una comprensión de este contexto del reino mesiánico que se hace realidad en la venida de Jesucristo es fundamental para entender la ética mesiánica descrita en el Sermón del Monte en términos de la justicia del reino.

Tanto Jesús, como Juan Bautista, declararon que la participación en este reino mesiánico presuponía un arrepentimiento radical. Lejos de ser mero remordimiento de conciencia, o sentir tristeza por nuestras faltas, o “hacer penitencia” a la manera tradicional popular, se trata de una reorientación radical hacia la vida. Es un volver a Dios y a su intención para la vida humana expresada ya en la alianza hecha con su pueblo y ahora a punto de renovarse en la persona del Mesías que viene a establecer el reinado de Dios. Se trata de cambios fundamentales que afectan relaciones sociales de raíz. En su Evangelio, Lucas ofrece algunos ejemplos concretos de lo que este arrepentimiento implica (3:10-14).

Para el pueblo en general significaba compartir vestimenta y alimentos de modo que nadie poseyera repetido lo que era indispensable y faltara a su prójimo. Para los cobradores de impuestos, que tenían fama de no ser honrados, arrepentirse significaría no falsificar las cuentas y cobrar únicamente lo establecido, en otras palabras, ser honrados. Para los soldados, que en este caso probablemente habrían sido guardias que acompañaban a los cobradores de impuestos a fin de exigir los pagos, arrepentirse significaría no hacer violencia a nadie a fin de obligarles a entregar su dinero. De modo que el arrepentimiento no es tanto cuestión de “cilicio y ceniza”, ni de “hacer penitencia”, sino de volver a la práctica de la justicia según la intención de Dios para la convivencia humana expresada en la ley de la alianza y en las provisiones sabáticas y jubilares.

El sistema de valores que caracteriza la vida bajo el reinado de Dios es precisamente el que encontramos reflejado en el Sermón del Monte, al igual que en otros pasajes a través del Nuevo Testamento. Y de acuerdo con Jesús, el elemento que más claramente distingue el reino mesiánico de los demás reinos de este mundo es precisamente la no-violencia (Jn. 18:36). Decía Jesús a Pilato que en su reino no se practica la violencia. No dice Jesús que “su reino no está en el mundo” sino que “no es de este mundo” en este sentido particular.

2) Jesús asumió un papel mesiánico diferente.

A diferencia de las expectativas mesiánicas nacionalistas que predominaban en Palestina en el siglo I, Jesús se presenta como Mesías, según la visión profética del Siervo Sufriente. En este sentido los Evangelios destacan el hecho de que Jesús “sanaba toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mt. 4:23-24). Estas obras de sanidad no identifican a Jesús meramente como taumaturgo por excelencia, sino que anuncia la clase de Mesías que es. Ante la pregunta de Juan Bautista, si Jesús era en verdad el Mesías esperado, la respuesta de Jesús consiste en señalar su actividad. “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y los pobres reciben el anuncio del evangelio” (Mt. 11:5). Esta no es una respuesta velada, sino muy clara. Sí, es el Mesías. Desde su bautismo a manos de Juan, Jesús ha sido comisionado a ser esta clase de Mesías (Mt. 3:17).

De modo que las sanidades de Jesús son actividad mesiánica, pero no según las esperanzas políticas nacionalistas de una buena parte del pueblo judío, sino de acuerdo con la visión mesiánica reflejada en los cánticos del Siervo Sufriente de Yahveh (Is. 42, 49, 50, 53). Esta es la forma en que el Nuevo Testamento interpreta las sanidades

obradas por Jesús. Repetidamente se emplea la frase: “para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias” (Mt. 8:17; cf. 12:15-21; Hch. 10:38).

Jesús de Nazaret, a diferencia de todos los otros pretendientes mesiánicos crucificados en Palestina en el primer siglo, comprendía que el reinado de Dios había de establecerse a través del sufrimiento sacrificial y vicario a favor de los enemigos de este reino, más bien que por medio de una imposición violenta. Por eso los métodos de Jesús contrastan radicalmente con todos los demás. Pero hay una segunda diferencia todavía más notable. Se trata de la vindicación divina de la alternativa mesiánica que Jesús tomó. Al tercer día resucitó de entre los muertos. El camino mesiánico que tomó Jesús representa en verdad la alternativa divina a la violencia de sus enemigos. A este Jesús, crucificado, Dios le ha hecho Señor y Cristo (Hch. 2:32,36). Dios proclama Señor al crucificado.

3) Se forma una nueva entidad social; una nueva clase de comunidad.

Los evangelistas relatan que Jesús comenzó a invitar a hombres (¡y a mujeres!) a dejar voluntariamente sus ocupaciones y a seguirle (Mt. 4:18-22). El número del grupo eventualmente llegará a ser doce, cifra que seguramente no es accidente circunstancial, pues estos hombres representan a las doce tribus del antiguo Israel que ahora constituyen una nueva comunidad mesiánica, al nuevo “Israel de Dios” (Gal. 6:16).

En esta nueva comunidad, ex-zelotes al igual que ex-colaboradores con el régimen imperial, hombres dispuestos a defender sus propios intereses con violencia, hombres que no tenían paciencia ni misericordia para sus enemigos, hombres impacientes con los débiles de la sociedad (mujeres, niños, extranjeros, *et al.*), son incorporados en una nueva realidad social, de la comunidad del Mesías.

Pero lo que más distinguía a esta comunidad era un radicalmente nuevo concepto del poder. Poder en la comunidad mesiánica consiste en amor sacrificial. El Mesías, a quien ellos llegaron a conocer y confesar como Señor, les dio una definición nueva y revolucionaria del señorío: ser Señor es tomar condición de siervo (Mc. 10:42-45). Aparentemente les costó mucho reorientarse en relación con los términos de esta nueva definición, pero finalmente aprendieron esta nueva verdad. Y esta inversión radical de valores llegó a caracterizar a la comunidad cristiana primitiva. Pablo, por ejemplo, insistía en que el camino de la cruz que tomó el Mesías sufriente es la verdadera definición de la grandeza, y lo que desde una perspectiva humana es debilidad y locura, desde la perspectiva divina es “poder y sabiduría” (1 Cor. 1:18-29). Pero debido a la alianza de la iglesia con el poder secular durante los últimos diecisiete siglos este concepto revolucionario sigue siendo totalmente incomprensible para las personas de la era moderna en el occidente, incluso para muchos cristianos.

Efesios 2 señala que la “nueva humanidad” de la era mesiánica está formada de personas muy diversas, incluso antagónicas, reconciliadas entre sí y con Dios por medio de la obra de Jesucristo. Lo novedoso y lo revolucionario de la obra de Jesús consiste en la creación de una nueva comunidad de paz en que ex-zelotes y ex-herodianos pueden participar en

un movimiento en que la justicia de Dios y la paz de Dios, tan anheladas y tan buscadas, se realizan; una comunidad en que las barreras que separan a los seres humanos son superadas por la obra reconciliadora de Jesucristo. Esta es la Nueva Humanidad creada por el Mesías y surge de la cruz.

D) Jesús y la Violencia: Un Reino que se Edifica Mediante una Cruz

Hallamos mucha evidencia en los Evangelios en que basar nuestra tesis de un Jesús no-violento y pacificador: el lenguaje de paz y buena voluntad en el relato de su nacimiento (Lc. 2:14); su enseñanza a amar a los enemigos (Mt. 5:38-48); su bendición para los pacificadores (Mt. 5:9); su enseñanza sobre el ejercicio de auténtica autoridad donde la condición de siervo suplanta la manera de enseñorear de los gobernantes (Mc. 10:42-44 y paralelos); su reprensión de Pedro con su espada en la huerta (Jn. 18:10); su aceptación no-violenta de su propia muerte injusta (Jn. 18:36). Estos son sólo algunos ejemplos de la postura pacificadora asumida por Jesús.

Posteriormente exponentes defendiendo las tradiciones de una cristiandad establecida, han señalado palabras y acciones de Jesús como evidencia para justificar el uso de la violencia para buenos fines: su consejo a comprar una espada y su enigmático comentario cuando presentaron dos, “¡basta!” (Lc. 22:35-38); su lenguaje violento en sus referencia a la “espada” que ha traído (Mt. 10:34); su limpieza del templo (Lc. 19:45); los intercambios verbales en su conflicto con autoridades judías (Mt. 23 y Lc. 11:2ss.). Si bien es cierto que estos ejemplos tienden a contradecir esa visión de Jesús como tranquilo e imperturbable, esta es realmente una caricatura de Jesús. El Jesús de los Evangelios es misericordioso en extremo con los humanos y, sobre todo con los marginados, como no lo eran las autoridades religiosas del judaísmo. Pero era muy severo en su confrontación con las estructuras del mal que mantenían en servidumbre al pueblo que Dios había convocado a libertad bajo su reinado en el éxodo. Jesús jamás aconsejó la violencia física contra los seres humanos ni la utilizó para su propio bien, ni para el de los suyos.

En su carrera Jesús descubrió la respuesta a la pregunta, ¿cómo ser el Mesías de Dios en el mundo? Cuando lo crucificaron le pusieron este título sobre su cabeza. “Este es Jesús, el Rey de los Judíos” (Mt. 27:37). Ser rey en este mundo como Dios lo desea es ser crucificado. John H. Yoder escribe que “la cruz no es un desvío ni un obstáculo en el camino hacia al reino, ni siquiera es el camino hacia el reino; es la llegada misma del reino” (*Jesús y la realidad política*, p. 47).

Esto tiene consecuencias para la estrategia social del movimiento mesiánico compuesto de los seguidores de Jesús. La historia de Jesús y su comunidad en los Evangelios es la historia del “camino de la cruz”. La invitación a tomar la cruz y seguir en pos de Jesús es una de las notas más destacadas en sus páginas. La cruz, tal como Jesús la ha definido, es la forma que toma la vida de la iglesia. En el camino a Jerusalén (a la cruz) Jesús formó una comunidad intencional de seguidores que: en lugar de vengarse, perdona (Mt. 6:14-15; Lc. 17:3-4; 23:34); en lugar de recurrir a la violencia, asume el sufrimiento a favor de sus enemigos (Mt. 5:38-39); en lugar de la avaricia, comparte con generosidad (Lc. 12:33-34; 18:22); en lugar de ejercer el dominio, sirve a los demás (Lc. 22:24-27); en

lugar de odiar a sus enemigos, los ama, los bendice, les hace bien y ora por ellos (Mt. 5:43-45; Lc. 6:27-31).

Estos son los signos seguros del reino de Dios. A los discípulos de Jesús les costó comprender y poner en práctica esta visión. Hasta la noche de la última cena estaban discutiendo entre sí cuestiones de superioridad social. Hasta el final, Jesús tuvo que recordarles por medio de sus palabras (Lc. 22:25-27) y su propio ejemplo, lavándoles los pies a sus discípulos (Jn. 13:1-20), que el modelo para la venida del reinado de Dios sería el del siervo sufriente. Y con todo, aparentemente no fue hasta después de Pentecostés, en el poder del Espíritu del Cristo resucitado, que ellos finalmente iban a recordar y comprender sus palabras y su ejemplo y orientarían a la iglesia mediante el modelo que Jesús les había dado. En el poder de su Espíritu ellos seguirían proclamando el reinado de Dios, reino de justicia y de paz.